

Yosef Veira

הדרך

HA DEREJ
(El Camino)

Bitácora de un guerrero de la Luz

«Nunca hables de aquello que no has vivido»
antiguo enunciado ético kabalista



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Cábala y Judaísmo

HA DEREJ. EL CAMINO

Yosef Veira

1.ª edición: noviembre de 2020

Maquetación: *Montse Martín*

Diseño de cubierta: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 2020, Yosef Veira

(Reservados todos los derechos)

© 2020, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-646-2

Depósito Legal: B-19.578-2020

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



Agradecimientos	9
Capítulo 1. Breve introducción	11
Capítulo 2. Cuestiones de nombre	15
Capítulo 3. Renunciar al «salvacionismo»	25
Capítulo 4. La verdad es por capas	31
Capítulo 5. La senda húmeda y la senda seca	35
Capítulo 6. El Camino del Medio	37
Capítulo 7. La iluminación como posibilidad, tipología de la iluminación	43
Capítulo 8. El deseo como herramienta	53
Capítulo 9. Ser y luego, ser feliz	59
Capítulo 10. Satisfacción y placer	65
Capítulo 11. La espiritualidad materialista	69
Capítulo 12. Entendiendo el Amor	77
Capítulo 13. El Amor más elevado	87
Capítulo 14. Ha Derej, El Sendero	97
Capítulo 15. Las gotitas de D'aat	103
Capítulo 16. El D'os alcanzable, el D'os inalcanzable	111
Capítulo 17. La Shejiná y yo, o cómo andar a las bofetadas con la Presencia Divina	125
Capítulo 18. Geburá: porque te amo, te digo que no.	137
Capítulo 19. El perímetro defensivo: percibir, discernir, integrar	149

Capítulo 20. Maljut: arena de gladiadores	165
Capítulo 21. Kit de supervivencia para gladiadores	175
Capítulo 22. Libertad y libre albedrío	187
Capítulo 23. Decirle adiós al control.	203
Capítulo 24. La meditación, esa gran incomprendida	211
Capítulo 25. La plegaria, el refinado arte de conectar con D'os	229
Capítulo 26. Yesod, la sexualidad creativa	241
Capítulo 27. La sintomatología de la Luz (Or)	251
Capítulo 28. Emunáh, el misterioso poder de la confianza en el Creador.	259

AGRADECIMIENTOS



Los agradecimientos son eso que nunca debe faltar y uno siempre corre el riesgo de quedarse corto. Cualquier obra es, en definitiva, la suma de una vida y en esa vida, la mía, hay personas que me han apoyado de maneras impensables y maravillosas, no sólo en mi tarea de escritor, sino también en mi búsqueda de la Luz y la felicidad. Entre ellas debo mencionar a: Susana de Marco Gómez, sin su cercanía y sacrificio —entre ellos soportarme cuando me pongo insoportable—, muchas cosas, este libro inclusive, no habrían sido posibles, *Hashem* te bendiga; Carmen Sanz, por hacer todo lo que hace una amiga del alma y un poco más, por leer y releer mis borradores, corregirlos y opinar constructivamente, que D'os te dé el doble de lo que has entregado; Noelia Muiños, no sólo por ayudar en la corrección del texto, si no por haber estado en el momento de transición espiritual más crítico de mi vida, con los instrumentos de reanimación en mano cada vez que volvía de una de mis excursiones místicas, gracias por seguir haciendo lo mismo que en otras existencias, el *Boré* te recompense con creces; a mi *ajotí*, Aneris Kachinowsky, gracias por tu apoyo incondicionales, por ayudarme en todo el proceso creativo, leyendo, corrigiendo y opinando; a mi *aji* del alma, Jaim Yishrael, por darme todo lo que no habría sabido de *kabaláh* si no hubieses estado a mi lado, ¡qué bello haberte reencontrado

en esta existencia! *Hakadosh Baruj Hú*¹ te colme de bendiciones. A Inés Solano López, por confiar en mí y por impulsarme en este proyecto. A Cora Muñoz Peñas, por las horas invertidas en mejorar este texto y por crecer haciéndolo.

También quiero dar gracias a la gente que me ha brindado su apoyo en las redes sociales, también tenéis algo de «culpa» en todo esto.

Siento el deber de agradecer a las personas que me han nutrido intelectual y espiritualmente, sin las que me habría sido difícil a llegar a rozar las interrogantes del Infinito: el maestro Ione Szalay (su memoria sirva de bendición) y el Dr. Mario Sabán, ambos baluartes de la *kabaláh* en habla hispana. Ione, maestro, gracias porque sé que tu alma está presente cuando la invoque, derramando ese amor que sostenías en vida. Queridísimo Mario, gracias por soportar mis dudas kabalístico-existenciales y también por todas y cada una de tus conferencias, libros o pequeña entrevista que publicas, D'os te bendiga, amigo mío.

Por último, a las Fuerzas Celestes que han supervisado de cerca esta obra, gracias, a todas y cada una, por lo bueno y lo terrible, no me habría perdido esto por nada del mundo; os habéis esforzado mucho para algo tan humilde y pequeño como este libro, pero es que su autor también lo es, pero eso ya lo sabíais, ¿verdad?

Baruj Shem Kevod Maljutó Leolam Vaed,
(Bendito sea el Nombre de la Gloria de Su Reinado
por siempre jamás).

1. *Hakadosh Baruj Hú*: El Santo Bendito Sea.

CAPÍTULO I

Breve introducción



Este libro en sí intenta establecer una comunicación amena entre mi humilde persona y todo aquel que se sienta atraído por sus páginas. Como corresponde, lo primero es presentarse adecuadamente: mi nombre es Yosef y soy lo que puede llamarse, un guerrero de la Luz. Dicho así suena rimbombante, pero en realidad no es más que un nombre elegante para una de las tareas más básicas, humildes y a veces dolorosas que un ser humano puede asumir. Esta tarea podría resumirse, asumiendo el peligro de ser acusado de reduccionista, en dos fases. Fase uno, desarrollar una refinada clase de auto-consciencia y fase dos, colaborar en el desarrollo de una «masa crítica» de pensamiento y acción a nivel mundial que favorezca el salto cualitativo y cuantitativo de los valores éticos que tanta falta le hacen a una humanidad que se halla al borde del colapso.

Dicho de otra manera, el guerrero de la Luz trabaja en sí mismo y, en la medida de lo posible, echa una mano cuando le es requerida su asistencia. Debo hacer hincapié en «cuando le es requerida», de lo contrario caemos en el «salvacionismo», que no es otra cosa que un delirio de nuestro ego que se cree salvador de los demás cuando aún no ha sabido salvarse a sí mismo. Esa actitud produce gente que es como un vigilante de playa que no sabe nadar, en cuanto intente rescatar a alguien es probable que hayan dos víctimas.

En esta tarea del autoconocimiento, de escarbar en lo profundo del propio ser, llevo desde los 10 años de edad. A lo largo de toda una vida de estudio y práctica de las principales religiones y vías filosóficas y, teniendo en las espaldas más de una década como docente de artes marciales (y más de treinta años como practicante), fui construyendo la persona que soy ahora. De ese vórtice de experiencias sale esto que estás leyendo. Encontrarás muchas referencias al budismo, al pensamiento de Krishnamurti, el *taoísmo* etc., pero fundamentalmente verás conexiones y citas ligadas íntimamente con la *kabaláh* hebrea, doctrina que, a mi humilde entender, por su estructuración y coherencia, es una de las más potentes, si no la más potente herramienta de descubrimiento espiritual, ya que combina profundidad y velocidad en la comprensión de quien la practica. Comparados con otros sistemas, la *kabaláh* es una línea recta entre espirales y sinusoides.

Sea como sea, todas las reflexiones que aquí deposito no son nada más que parte de *mi* experiencia vital, algo de poca utilidad al lector que espere una *transferencia directa*. Cada uno debe ser protagonista de su propia historia. Para quienes sienten el irrefrenable impulso de mirarse a sí mismos, conscientes del profundo misterio que envuelve nuestro Ser, estas páginas servirán a modo de aperitivo con el que reponer fuerzas en vuestro viaje. Para aquellos que aun están con la maleta en la mano, mirando la puerta, sin atreverse, espero que les represente la palmada en la espalda que los anime a entrar en el Camino (*Derej*).

Al lector atrevido y valiente le digo: lee con el corazón y no simplemente con el intelecto. Porque, si bien el conocimiento intelectual es deseable, no hay títulos universitarios o técnicos que sean capaces de asegurarnos la sabiduría. La Sabiduría no son datos. El Conocimiento no son datos. En todo caso, este escrito es una bitácora sin pretensiones mesiánicas, ni de establecer manuales de comportamiento. Está el mercado lleno de decálogos

supuestamente salidos de estudios científicos, en los que pretenden encerrar la vida en conceptos para poder dominarla. A mi entender esa gente está mal de la cabeza. El universo, dinámico, se ríe de esas apresuradas autopsias de la realidad, fabricadas para vender humo. Aquí, por suerte, nadie encontrará nada de eso. Simplemente es un cuaderno de apuntes donde el capitán de una nave –una muy pequeña y humilde, pero muy peleona– relata los acontecimientos de su largo periplo, esperanzado en dejar un testimonio de su viaje, jugando con la posibilidad, quizás remota, de que algo de su contenido ayude a otros marinos en este inmenso océano que es la existencia.

Shalom.

CAPÍTULO 2

Cuestiones de nombre



Las personas educadas, siempre se presentan. Como os he dicho, soy Yosef y, para evitar confusiones, aclarar que no soy ningún maestro, soy tan aprendiz como cualquiera de vosotros o, en todo caso, tan maestro como lo podéis ser vosotros de mí. No nací exactamente con ese nombre, mi nombre de nacimiento es José Fernando. Durante décadas odié mi primer nombre. Cuando en el colegio o cualquier institución pública me llamaban por él, me daba un sarpullido. Para que me entendáis, soy el último de tres Josés. Mi abuelo, en paz descanse, se llamaba José y mi padre también, D'os le de larga vida. ¿Qué necesidad había, me preguntaba yo, para condenarme con ese nombrecito tan común? ¿No había creatividad disponible el día que decidieron bautizarme? No lo entendía, sobre todo porque miraba ese hecho al ras del suelo, sin levantar la nariz del polvo del mundo material. Hasta que un día, llevado por la vida, alcé la cabeza lo suficiente para apartarme de lo aparente y entonces, gracias a D'os, entendí.

Es tradición entre los kabalistas que, para favorecer un cambio positivo en su *karma*, hagan dos cosas: abandonar su tierra natal/sitio de origen y cambiar su nombre.

Dejar la tierra natal representa romper con las influencias físicas, a nivel social y energético. Sé muy bien que se suele señalar como *hippie* o delirante a aquel que empieza a hablar de

«energías» y muchos puede que lo sean, sabe D'os. Pero en un contexto más formal, es obvio y está comprobado, que todo lo que existe es energía, que la materia puede ser reducida en última instancia a energía.

Teniendo eso en cuenta es fácil entender que nuestro entorno no es más que una especie de complejísimo sistema planetario, lleno de órbitas y fuerzas, de trayectorias y cuerpos con poderes gravitatorios. Por eso, el entorno tiene un papel fundamental en nuestro destino, no hay que menospreciar su tremendo poder determinista. No es lo mismo estar en un caldero hirviendo que en uno de agua fría, si no me creéis, preguntadle al cangrejo que os vais a cenar.

Por motivos económicos y con muchos pesares y sacrificios, tuve que abandonar mi Uruguay natal para buscar soluciones en España. ¿Por qué España? Porque en España estaban mis padres y mi hermano, quienes habían emigrado mucho antes. Curiosamente, mi padre, que había salido de su Galicia natal para instalarse en la lejana Montevideo a los trece años, acabó regresando a las hermosas tierras celtas-galaicas, siendo ya un hombre con los hijos independizados. Un movimiento que tuvo muchísimo que ver con los hilos que tejerían mi destino. Los caminos del Señor son misteriosos, no cabe duda...

Luego de la trabajosa y deprimente tarea de quemar las naves de treinta y cinco años de vida uruguaya, me convertí oficialmente en un inmigrante retornado, siguiendo la tradición de que tenemos a nivel familiar y también como uruguayo y gallego —ambas especies de lo más migratorias que ha visto el ser humano—. Puede decirse que llevaba en la sangre el temido viaje del desarraigo.

Una vez en España, tras un período de bonanza profesional, me encontré con otra hecatombe económica, esta vez a nivel mundial, que tergiversó todos mis planes y mis sueños de gloria.

Como si de una maldición se tratase, la bancarrota y el desempleo parecían acorralarme, fuese en el país que fuese.

Hoy puedo decir que esa pérdida fue importantísima a nivel espiritual, porque mi éxito profesional estaba alejándome de la Luz, cada vez más. Hoy dudo en llamar a aquello «pérdida».

Dicen que cuando tú no tomas las riendas del cambio, la vida los toma por ti y generalmente no es agradable. En mi caso, la vida no se anduvo con chiquitas. Lo perdí todo: mi trabajo, mi familia, mi casa, mis amigos, mi proyecto de vida se evaporó. Pero quizás, de todo lo sustraído, lo peor fue la esperanza. Sin esperanza me convertí en un hombre-sombra, en un paria fantasmal que vivía porque el aire es gratis, como suele decirse. Era como si fuerzas sobre las que no ejercía ningún control se ensañaran conmigo, como si quisieran destruirme. Llegué a la terrible conclusión de que, sin duda, mi Creador me odiaba y sólo deseaba exterminarme, pero en cuotas, trozo a trozo, lentamente.

Me dio mucho trabajo desembarazarme de esa idea (para ser honestos fue necesaria la intervención Divina para romper ese ciclo). Las cosas así, no era raro que alternara grandes ataques de ansiedad con espeluznantes pozos depresivos. Pocas personas alcanzan a comprender la inconmensurabilidad del océano de la tristeza. Yo deambulé por los parajes más oscuros que un alma puede soportar sin ser engullida para siempre por las impías tinieblas. Yo fui la encarnación del desencanto y del deseo de morir. Cada mañana era como saltar dentro de una picadora de carne que, a la noche, escupía los restos de un hombre que había descartado toda posibilidad de redención.

Como era de esperar, caí en una profunda crisis existencial. Un buen día me dije que, si todo estaba perdido, no me haría daño intentar encontrar una salida. Decidido a establecer el combate definitivo, me enfrasqué nuevamente en la búsqueda que había olvidado. Era el retorno al Camino. Faltaba ver si el Camino me aceptaba.

Así estuve varios años, intentando recuperar mi esencia espiritual. Hay un precio a pagar cuando retornas a lo que has dejado. Fueron años duros, tanto que a veces me asombro de haber salvado el pellejo y seguir hoy aquí, diciendo esto, compartiendo esto con vosotros.

La filosofía taoísta y sus conceptos aplicados al *Tai-Chi-Chuan* fueron un faro y un salvavidas en aquella tormenta que me tuvo lustros tragando agua salada y lanzándome contra las puntiagudas rocas del infortunio. En ese período decidí retomar el dar clases de *Tai-Chi-Chuan* ya que me sobraba el tiempo. No hice dinero, pero hice amigos que hoy son mi familia, mi baluarte. Dar clases también tenía un alto efecto terapéutico. Estar preso de la pena más honda que puedas sentir, tragártela y aceptar pararte delante de tu clase, es el entrenamiento más exigente y a la vez, más maravilloso que pude tener. Seguramente, si mi carrera profesional hubiese seguido la línea ascendente que prometía, no habría alcanzado la maestría en mi escuela de artes marciales, pero más importante aún, no habría conocido el universo maravilloso, la fuente inagotable de saber que esconde la docencia. Porque nunca aprendes más que cuando tratas de enseñar algo.

Durante un tiempo fui tirando, como decimos coloquialmente. Hasta que un día empecé a sentir que me faltaba algo más fuerte, mi sed de Luz necesitaba más que un delicioso lago. Quería un río, un torrente, un mar incluso. Así que fui de puerta en puerta, de escuela en escuela, de una promesa de cambio a otra promesa de cambio. Fue decepcionante. Cuando no encontraba un tratamiento superficial de la espiritualidad, que la reducía a una suerte de coleccionismo de éxtasis de dudosa procedencia, me estampaba con el desvarío *newager*, donde al parecer el universo no es más que una máquina para niños caprichosos y materialistas que sólo saben pedir y pedir cosas.

El panorama no pintaba nada bien. Soy una persona cultivada en muchas disciplinas y tengo una memoria tremenda. No se

me puede vender cualquier refrito porque voy a verle las costuras en seguida.

Encontré de todo. Gente malintencionada, charlatanes en toda regla que hacían «corta-pegas» de varias disciplinas y la metían en un paquete para vendérselo a personas incautas e incultas. También personas bien intencionadas que habían tenido una legítima experiencia mística, pero que habían caído en la trampa de creer que eso era *lo máximo* que se podía experimentar y que por ende estaban autorizadas a atormentar a los demás con su extremadamente subjetiva y casera idea de lo Divino. Fue también curioso descubrir aquellos individuos que convertían su disciplina, que era un estudio *parcial*, en una herramienta capaz de afrontar la *totalidad* de las preguntas. Escuché a muchos contactados y/o canalizadores de entidades desencarnadas o extraterrestres. Estudié detenidamente los relatos de personas con experiencias *post mortem*, cuya única intención era difundir un mensaje de que la vida puede vivirse de otra manera, sin pedir nada a cambio.

El mundo de la espiritualidad o, mejor dicho, el mundo del mercado de lo espiritual, es complejo y en gran medida peligroso. En él se mezclan el personaje sincero con una gran experiencia, pero sin el marco teórico adecuado, con el erudito hiperintelectual de aburridor discurso; el que se siente un mesías en pequeño y no para de intentar salvar a los demás de lo que no puede salvarse a sí mismo, con el depravado mercader que había empezado bien, pero que de pronto su ego le dio licencia para estafar, munido de una batería de justificaciones que le permiten engañar y confundir sin remordimientos, siempre que el precio sea el correcto.

El tener cierto conocimiento de las fuentes reales de las filosofías y religiones es el único antídoto para no caer en las garras de estos nuevos productos espirituales, envasados al vacío, listos para la venta. Sinceramente, mis esperanzas cayeron en picado

ante este panorama. Entonces, como llevado por una mano invisible y casi sin darme cuenta, me dí de bruces contra el edificio teórico y práctico de la *kabaláh*. Fue como salir del útero de la oscuridad al mundo de la Luz.

Advierto que no soy tan ignorante como para pensar que sólo puede existir *una* fuente de conocimiento para toda la humanidad. Pero desafío a cualquiera que me demuestre que conoce un sistema de entendimiento e interpretación de las verdades universales y existenciales con la coherencia estructural de la *kabaláh*, tanto en extensión disciplinar como en profundidad conceptual.

Fue a partir de ahí, de esa inmersión en la sabiduría del misticismo hebreo cuando descubrí que España fue, en su momento, la cuna de la *kabaláh* medieval. Sí, la gloriosa *Sefarad* que tuvo una comunidad judía que superaría ampliamente la comunidad hebrea que hoy existe en USA, la que albergó los sabios más destacados de las tres principales religiones monoteístas del mundo. Visto de una manera más poética, podríamos declarar que el Fernando que *era* había dado un salto de 11.000 km a este lugar tan especial, buscando prosperidad y reconocimiento profesional, para acabar encontrando otra cosa, para acabar encontrando al Yosef que *sería*.

Debo aclarar que estas observaciones no fueron realizadas en el momento de los hechos. Cuando el agua te llega al cuello, cuando te amenaza la miseria y te ves empujado a tomar las decisiones más duras de tu vida, no te pones a analizar estas cosas, ¡el estudio de la casuística resulta irrelevante! Simplemente actúas, el instinto de conservación lo controla todo. No fue sino mucho más tarde cuando me puse a reflexionar sobre esto. Miles de días con sus horas, cientos de acontecimientos fueron necesarios para que yo tuviese la disposición y la información que me permitiera desglosar el significado de la cadena de

circunstancias que acabaron por dar con mis huesos en la Madre Patria.

En resumen, sé perfectamente que no estoy aquí por casualidad. La idea en sí de la casualidad es, a mi modo de ver, un recurso que surge para suplir la falta de una herramienta que pueda computar todas las causas, o por lo menos, una cantidad aceptable de ellas. Heme aquí, pisando tierra de sabios, tierra de kabalistas, estoy donde debo estar, no hacen falta más consideraciones.

Volviendo a la explicación del nombre, recurriré a esa vieja tradición hebrea que dice que un ángel le susurra a los padres el apelativo que va a llevar el recién nacido. Un nombre sería algo así como una cápsula identificadora que contiene, en forma de arquetipos universales, es decir, símbolos, información codificada del *karma* de la persona. Justamente, porque son información, los nombres no son inocuos, porque no hay símbolos inocuos. La información es un elemento modificador por antonomasia. Si un mapa me dice que una carretera está cortada, seguramente elegiré otro camino. Del mismo modo, nuestro nombre nos susurra sobre una tendencia a realizar con facilidad ciertas cosas o nos advierte que vamos a tenerlo peliagudo para conseguir otras. Saber leer e interpretar sabiamente nuestro nombre es aprender a leernos a nosotros mismos. Recordemos que un nombre es también una definición y que el hecho de que no seamos conscientes de esa definición no significa que nos libremos de ella.

Por lo tanto, lugar de nacimiento y nombre marcan aquello que nos es innato, el material bruto con el cual trabajar en esta existencia. Pero el material en bruto es como heredar una casa muy antigua. Podemos tener suerte y que el techo no se nos caiga encima, podemos haber entrado a esta existencia sin apremios ni grandes roturas estructurales, pero, en general, eso con

lo que venimos es el resultado de la inercia de nuestras vidas anteriores y no viene en tan buen estado como uno quisiera.

Para la persona común y corriente, la herencia lo es todo, se conforma o intenta maquillarla, pero nunca hace demasiado por cambiarla. El guerrero de la Luz ve esta herencia como algo contra lo que debe, en la medida de lo posible y con la ayuda de D'os, imponerse. Todo lo que sepa a inercia es, mayormente, el fruto de la oscuridad de la inconsciencia. Ya sea porque procede de una parte de mi psiquis que no he iluminado con el Conocimiento o porque proviene de ciclos vitales ajenos a esta existencia, lo inercial es casi siempre un obstáculo para la tarea de aquel que trabaja con la Luz y por la Luz. ¿Por qué? Porque, como elemento inercial, no es el producto de una elección directa, sino el resultado, la consecuencia de una serie de decisiones, no siempre tomadas de manera consciente.

De modo que sitio y nombre representan el *karma* propiamente dicho. El *karma* no es más que una ley física que dice que a todo acto le precede una consecuencia y viceversa. El *kabalista*, dentro de lo que le es permitido, se rebela a ese material hereditario con la única herramienta que tiene: decidiendo. Por «decidir» entiendo usar la pequeña franja de libre albedrío que nos es concedida. Entonces decide cambiar de sitio, aunque no siempre por las razones que él cree. Casi siempre es llevado de la mano a esa situación. Luego decide cambiar de nombre, pero eso tampoco es algo que él elija sin más.

Cambiarse el nombre puede parecer fácil hasta que se intenta. Recordemos que, en gran medida, esa secuencia de letras y sonidos es la que nos ha estado definiendo por decenas de años, nuestra psiquis está más arraigada de lo que podemos llegar a ver a simple vista. Quienes por razones especiales tengan rechazo a su nombre de nacimiento —cosa que también da para mucho estudio—, lo tendrán algo más fácil en cuanto al apego, pero no por ello les resultará sencillo. Puede decirse que el nuevo nom-

bre es algo que «te sale al encuentro», ya sea porque una persona sabia te lo asigna o porque, de alguna manera, te es revelado. Resulta obvio que, si uno va a cambiar la cápsula que contiene nuestro resumen como ser autoconsciente, tratará de que no sea algo peor que la que ya tenía, ¿verdad? La prudencia se recomienda en estos casos. Recordemos lo que le pasó a la Armada «Invencible» o al «insumergible» *Titanic*.

Abram (significado: padre exaltado, padre de muchos) recibió el cambio de una letra y se transformó en *Abraham* (significado: padre de pueblos), es decir, pasó de patriarca familiar a jefe de naciones. Podríamos estar citando decenas de casos de personajes históricos que, coincidiendo con grandes eventos, cambiaron su nombre. Estoy convencido de que lo cambiaron porque su tarea vital en algún momento se desvió de la que su material hereditario le había preparado. El cambio de nombre representa, en gran medida, un compromiso y una rebeldía, una aceptación y un deseo de trascendencia de la minúscula identidad humana pasajera a la conexión con valores eternos.

En mi caso personal, mi nombre cambió a raíz de una serie de eventos internos. Por un lado cambié yo. Mi estructura como persona cambió. Luego, en dos experiencias místicas, se me preguntó mi nombre y no supe qué responder. No detallaré esas experiencias ya que no quiero influir ni condicionar a nadie. Sólo remarcar la sorpresa que significó para mí «no saber» cómo me llamaba. Era evidente que el hombre en el que me había convertido no era capaz de reaccionar a los viejos símbolos y necesitaba algo nuevo, algo que realmente hablara de lo que *es*, no de lo que *fue*. Los sueños y deseos del Fernando de casi medio siglo no eran los mismos que los del hombre en el que me había transformado. Era como si el viejo Fernando hubiese luchado furiosamente toda una vida para llegar la puerta del templo... pero ahora no podía ingresar a él, al menos no con sus propias fuerzas. En ese momento nació Yosef, mi primer nom-

bre, es decir José, pero pronunciado en hebreo. Ese fue el relevo. Yosef tomó el testigo de las cansadas manos de Fernando (significado: «bravo en la guerra como en la paz») y se encaminó hacia las columnas de *Jaquin* y *Boaz*¹. Yosef, José, significa «*aquello que D'os agrega*» y para algunos es «*aquel a quien D'os escucha*». Ser el *tercero* de *tres* «José» tampoco era algo casual, hay un guiño de *karma* familiar en ello. Por otra parte, el tres está presente de forma constante en casi todas las cosas de mi vida –tengo tres hijas, por ejemplo–. El tres es la esencia del proceso creativo y mucho más, pero no hablaré de ello ahora. En mi caso, ha sido la carga energética del nombre la que me ha encontrado, no al revés. Decidí aceptarlo como un regalo.

Así que «*ani Yosef*», soy Yosef y soy vuestro hermano.

1. *Yaquin* y *Boaz*: dos pilares de bronce de unos 8 metros que ornaban la entrada del Templo de Jerusalén y fueron, según la tradición, fabricadas por el artesano Hiram de Tiro bajo pedido del Rey Salomón.

CAPÍTULO 3

Renunciar al «salvacionismo»



Es importante entender que debemos renunciar a la idea de andar salvando a nadie, a no ser que lo salvemos de ser atropellado por un autobús o de alguna otra desgracia física.

El Conocimiento es interno, individual e *intransferible*. La *kabaláh* dice que a cada ser le corresponde un tubo de Luz (*Or*) por el que baja la información que nos es asignada por el Creador. Este «tubo», por llamarle de algún modo, es como nuestra *wifi* personal, sólo que ésta no nos la puede *hackear* el vecino para obtener Internet gratis.

Teniendo eso en cuenta, es necesario que dejemos de lado la idea infantil de que podemos, masivamente, salvar a la humanidad.

Siempre digo que la misión de los apóstoles bíblicos no fue entendida ni por los mismos apóstoles. Una cosa es que *Yeshua* (Jesús) les dijera «*id y anunciad la buena nueva*» y otra muy diferente «*id y buscad adeptos, porque el asunto es llenar los templos como sea*». Esa idea, a mi entender deformada, del constante intento de pontificación (palabra que viene de «*tender puentes*» entre lo espiritual y lo terrenal) es la marca de fábrica de las sectas cristianas, a mi modo de ver más interesadas en el «factor diezmo», que en ascenso espiritual de sus afiliados. Hay todo un crisol interpretativo, toda una compleja reglamentación que va desde considerar los trasplantes y las transfusiones pecaminosas, defender la poli-

gamia masculina como una orden divina, hasta no festejar cumpleaños por temor a ir al infierno. Pero lo curioso es que, sin importar las herramientas represivas y de sometimiento comunitario que se hayan elegido, todas estas religiones, *sin excepción*, comparten la idea del diez por ciento recaudatorio. Ni el nueve, ni el nueve con cinco. «Del diez por ciento no baja nadie», decía el maestro Ione Szalay (su memoria sirva de bendición).

Dejando de lado las pantomimas espirituales con fines de lucro, es un error muy común pensar que, si yo soy feliz cocinando las patatas tres minutos, *todo el mundo* debería disfrutar de ese maravilloso descubrimiento, ¡incluso si no quieren! Creemos en una transferencia que en realidad es imposible. La mayoría de religiones sólo te exigen «aceptar» una verdad determinada, lo que resulta en un simple parche que toleramos por miedo a perder nuestra alma. Otros piensan que sentarse junto a un maestro los va a imbuir de alguna experiencia renovadora. Pero la Verdad se experimenta *individualmente*, ninguna postura, sea de sometimiento o simple acuerdo, modifica en nada nuestro estado espiritual, ni provoca salvación de ninguna clase.

Religiones y escuelas pseudoespirituales ignoran este axioma por razones obvias: quieren venderte una solución colectiva, dogmática, a tus problemas existenciales. Personalmente, tengo la premisa de que si un camino espiritual puede «comprarse», es que no vale la pena pagar por él.

Abundan la venta de cursos, decálogos, fórmulas, «5 pasos para», «consigue lo que deseas en 10 lecciones», etc. Todo eso está diseñado por gente que manipula nuestro pensamiento consumista y perezoso: saben que estamos dispuestos a comprar atajos de todo tipo. Las pastillas para adelgazar y máquinas que hacen las abdominales por ti nacen del *marketing* dirigido a esa pereza, a esa sed de inmediatez.

En el otro extremo de ese mercantilismo descarado, tenemos al docente de honestidad y sapiencia reconocida, usando su tiem-

po y esfuerzo para ayudar a la expansión del conocimiento. Sin duda que el tiempo y el esfuerzo merecen ser recompensados. Esa recompensa forma parte de un intercambio de energías que es la base de la estabilidad del universo. Si alguien se pasa un año escribiendo un libro, dejando su vida personal de lado, asumiendo una serie de gastos, o usando un fin de semana –que bien podría dedicarlo a estar en su casa con su familia– para dar una conferencia, ahorrándonos un montón de trabajo de investigación, eso merece cierta retribución, de lo contrario seríamos cómplices de un abuso. Estos seres humanos maravillosos se dejan la piel sacando a la luz conocimientos que antes sólo estaban a disposición de una élite.

Comparados con ellos, quienes intentan venderte recetas, prometiendo resultados que no son capaces de asegurar, se asemejan más a los vendedores de «elixir de serpiente» del Lejano Oeste que a verdaderos guías espirituales. Es más sensato mantenerse apartado de los mercaderes del templo y, siguiendo el ejemplo de *Rav Yeshua*, tener cerca el látigo, sólo por si acaso.

Históricamente, el camino del místico siempre se ha revelado como un camino solitario, en el sentido de que reniega de las estructuras de poder religioso o doctrinal. Las agrupaciones obtienen su sentido de lo colectivo y para ello deben producir una especie de espiritualidad de «talla única», una red que seduzca con su promesa de seguridad a cambio renunciar a la libertad de explorar el propio sentir. En este marco ideológico, toda iniciativa personal es considerada una amenaza que debe ser neutralizada.

Pasando al plano individual, es imprescindible entender que nadie tiene derecho a cambiar nada en la forma de pensar de nadie, porque, en primer lugar, uno no es consciente de las necesidades internas del otro. Como bien dice el eminente profesor de *kabaláh*, Dr. Mario Sabán, si alguien es feliz con una cerveza y viendo el partido ¡déjalo tal como está!

Hay que entender que al Sendero sólo se llega tras un impulso de altísima disconformidad con un determinado proceso vital. Si no está ese impulso, cualquier intento de evangelización o salvamento espiritual no sólo está condenado al fracaso, es un *acto inmoral*, porque desprecia totalmente el proceso del alma ante la cual nos encontramos. En la *kabaláh*, por ejemplo, está absolutamente prohibido ejercer ningún tipo de influencia sobre otro ser humano. El *mekubal* o místico *kabalista* no tiene cómo saber si lo que está haciendo es algo que realmente debe hacer o si está creando un perjuicio al intentar conducir a alguien.

Es necesario que respetemos al otro. Si la persona no siente que se esté ahogando, ¡no le arrojemos un salvavidas!

Todo humano predispuesto al trabajo de abrir sus canales receptores, recibe *Or Iasar*, o «Luz directa» de las dimensiones superiores, que mediante el trabajo de corrección espiritual se transforma en *Or Pnimi* o «Luz interior». Pero esa Luz está codificada para cada «*wifi* personal». Es una información a medida, como un traje, no le sirve a otra persona. Por más que esa información nos llene de gozo, debemos evitar la tentación de querer injertarla en otros seres. Si realmente estamos recibiendo *Or*, es seguro que esto influirá a los demás, aunque de forma indirecta. La *Or* directa provoca una radiación externa, fruto de la combustión espiritual de la misma en nuestros órganos de percepción interna. Eso se ve y se siente desde afuera. Pero éste es un efecto indirecto y sano, «ecológico» podríamos decir, ya que no perturba el sistema vital de otras personas. Los demás podrán beneficiarse ante todo de nuestro ejemplo: son nuestros actos los frutos visibles de la asimilación de *Or*. Siempre recuerdo las lapidarias palabras de *Mattai* (Mateo): «*por sus frutos los conoceréis*».

El camino que realmente debe ocuparnos es el personal. Mucha gente ingresa al jardín de una casa y se cree que conoce la casa en sí. De la misma forma, muchos son los que se encuen-

tran con dos o tres elementos y novedosos y de inmediato se enfrascan en una cruzada. Yo siempre les digo que, a pesar de que un alicate sirva para clavar un clavo, mejor esperen a tener un martillo. Hay muchísimas herramientas y muchísimas realidades más allá de la que nos parece evidente en este momento. Dejemos de ser tan soberbios y decirles a los demás, ya sea munidos de la Biblia o de una fórmula de milagrosos pasos, lo que deben y cuándo deben hacerlo.

CAPÍTULO 4

La verdad es por capas



Se suele decir que nadie es dueño de la verdad, pero en realidad esto no es correcto. Entendiendo la verdad como un conjunto de certezas fundamentales sobre el sentido de la vida, lo cierto es que *todos* somos dueños de la verdad. Eso sí, de *nuestra* verdad.

Uno de los momentos más importantes que uno puede vivir en su viaje por el Sendero es cuando descubre que la solidez atribuible a eso que llamamos «verdad» es ilusoria, relativa y temporal. Ilusoria porque es una simple elaboración psicológica; relativa porque el resultado dependerá de nuestra capacidad de percepción de la realidad; temporal porque en el fondo toda verdad es tan precaria como nuestra capacidad para elevarnos sobre el nivel actual de información de eso que llamamos tan tranquilamente «realidad».

Quienes cruzamos el Sendero solemos decir que todo depende de los «órganos» de percepción. ¿Qué son estos órganos de percepción? Bueno, no son algo palpable, obviamente, pero sí algo que podemos sentir y utilizar. La intuición, el conocimiento, la visión interna, son algunos de esos «órganos». En general, no nacemos con estas herramientas, necesitamos construirlas y desarrollarlas. Este trabajo de elaboración instrumental es uno de los pilares del tan mentado «trabajo interior».

Si no existe ese proceso constante, uno cae en un estancamiento interior. El estancamiento interior viene de establecer

mi percepción actual de la realidad como el techo de todas las verdades existentes.

Para un fanático religioso este problema se resuelve simplemente creyendo. No necesita buscar más porque su congregación lo ha entrenado para aceptar un nivel de verdad —el que maneja dicha comunidad, claro está— como el último, como el fin del camino. Sistemáticamente será disuadido de intentar un camino personal. Encontrar otra verdad que no sea la pactada por la comunidad, será anunciada como un peligro demoníaco. Si, por alguna extraña razón, alguien se atreve a traspasar el límite trazado por las autoridades religiosas, puede llegar a ser reprimido o incluso expulsado. Entre las discusiones más encarnizadas con mis amigos religiosos, siempre expongo que es obvio que aquel que piensa por sí mismo acaba siendo considerado una amenaza a la cohesión de una comunidad.

Pero un místico no se conforma con el techo que tratan de imponerle. Esos techos son todas construcciones humanas, no tienen ninguna naturaleza divina, son esencialmente soluciones precarias, apenas fantasías mentales fomentadas por nuestros deseos de seguridad y comodidad. Curiosamente, seguridad y comodidad son verdaderas rarezas en el Sendero, uno se acostumbra a vivir sin ellas.

Lo cierto es que cada persona tiene un nivel de verdad acorde a su nivel de consciencia. En ese nivel la verdad es absoluta, sin duda, porque es el máximo de capacidad perceptiva que posee. El problema es que esta misma verdad, respecto al nivel superior inmediato, es relativa.

Imaginemos un niño que ve cómo dentro de la nevera siempre hay comida. En su nivel de percepción puede llegar a creer que la nevera es la que genera la comida, cual cuerno de la abundancia. Al crecer descubre la relatividad de esta verdad: la nevera la llenan los padres. Entonces puede empezar a creer que la comida las crean los papás. Más tarde comprueba que sus pro-

genitores compran la comida con unos rectángulos de papel y podría llegar a pensar que él también puede hacer rectángulos y comprar caramelos en la tienda y así sucesivamente.

Este proceso sigue avanzando a medida que el niño se acerca a la edad adulta y siempre está agregando nuevos datos: de la nevera mágica pasa a aprender sobre economía, de ahí al trabajo, a la procedencia de los alimentos, a la agricultura, a la ganadería, nociones de nutrición, etc., etc.

Si en algo tan doméstico, como entender de dónde viene la comida, hay un constante flujo de información, ¿por qué la naturaleza de la vida y el universo escaparía a ese proceso de permanente ascenso en la comprensión?

Cuando te topas con alguien enamorado de su actual nivel de consciencia, sea un religioso o escéptico y te atreves a decirle que en realidad está en la planta baja pero que no se preocupe que hay una veintena de plantas por encima de su cabeza a las que se puede acceder por escalera o ascensor, te responderá con un muro de incredulidad o de furia.

La ignorancia y el orgullo son verdaderos antídotos contra la ascensión.

En el camino espiritual, en cambio, ponemos bajo sospecha eso que llamamos realidad o verdad. Cuando uno entrena lo suficiente, se da cuenta que está sólo en uno de los tantos cursos del interminable colegio del Universo. Por lo tanto, sabe que por debajo o por arriba, existen otros niveles de comprensión.

Por debajo de tu nivel deberías mirar con comprensión y respeto, entendiendo que no puedes forzar a nadie a que deje de manera artificial su nivel. Toda ascensión debe ser *honest*a y esa honestidad proviene de la *necesidad*. Si alguien no necesita subir de nivel, es que aún debe estar en él y nadie tiene derecho a querer moverlo de su sitio. Si te faltan argumentos para respetar

su decisión, intenta recordar o, por lo menos deducir, que alguna vez tú también estuviste allí.

Cuando se mira por encima de nuestro nivel, hay que aligerar el corazón y vivenciar que nuestra situación actual no es más que otro peldaño. Eso nos dará humildad y a la vez consuelo en caso de que estemos pasando por una situación difícil.

Lo más importante es descubrir que todo lo que vemos, todo lo que entra por nuestros sentidos y por lo tanto, todo lo que se forja en nuestra razón y nuestro sentimiento depende del nivel de percepción que tengamos. La vida es un acontecimiento eminentemente interno. Ante una misma circunstancia dos personas pueden reaccionar de manera opuesta. Es *nuestra reacción* ante lo que pasa y no *lo que pasa* fuera de nosotros lo que transforma nuestra vida en algo maravilloso o terrible. Mucha gente se suicida en la cúspide de su carrera porque se siente vacía y otra, sumergida en la miseria, no para de sonreír y creer en la belleza de estar vivo. Así que la verdad y la realidad se experimentan por capas: a medida que elevamos nuestra autoconsciencia, penetramos en otra capa y luego otra, en pos de un techo al que nunca llegaremos pero cuya infinitud vale la pena explorar, infinitud que los kabalistas llamamos D'os.